

EVANGELIO DE LA MISA DE LA FERIA IV. DE LAS CUATRO TEM-
PORAS DE SETIEMBRE.

San Marcos, cap. IX, vs. 16 al 28.

En aquel tiempo, tomando la palabra uno de la multitud, dijo á Jesús: Maestro, te he traído un hijo mio poseído de un espíritu mudo, el cual donde quiera que se apodera de él, se echa contra el suelo, y el mozo echa espumarajos, y cruge los dientes, y se va secando. He rogado á tus discípulos que le echen fuera y no han podido. Respondióle Jesús y dijo: ¡Oh gente incrédula! ¿hasta cuándo estaré con vosotros? ¿hasta cuándo os tengo de sufrir? Traedmele, y se le llevaron. Y luego que le vió comenzó el espíritu á agitarle, y cayendo de golpe en tierra se revolcaba echando espumarajos. Y preguntó á su padre: ¿Cuánto tiempo ha que le sucede esto? Respondióle él: Desde niño, y muchas veces le ha echado en el fuego ó en el agua para matarle; mas si puedes algo, ayúdanos, compadeciéndote de nosotros. Y Jesús les dijo: Si puedes creer, al que que cree todo le es posible. Y luego el padre del mozo clamando y llorando decia: Creo, Señor; ayuda á mi incredulidad. Y viendo Jesús la gente que habia acudido, conminó al espíritu inmundo diciéndole: Espíritu sordo y mudo, sal de él, yo te lo mando, y no entres mas en él. Entonces el espíritu, gritando y agitándole, con gran violencia salió de él y el mozo quedó como muerto; de suerte que muchos decian que era muerto. Mas Jesús tomándole de la mano, le enhestó y se levantó. Y cuando hubo entrado en su casa le preguntaron aparte sus discípulos: ¿Cómo es que nosotros no pudimos lanzarle? Respondióles: Esta clase de demonios con nada pueden ser lanzados sino con la oracion y el ayuno.

CAPITULO IX.

AL PASAR JESUS POR GALILEA ANUNCIA CLARAMENTE A SUS DISCIPULOS SU PASION, MUERTE Y RESURRECCION: LLEGADO A CAFARNAUM MANDA A PEDRO PAGAR EL TRIBUTO DE LAS DOS DRACMAS, Y DIRIME DESPUES LA DISPUTA SOBRE LA PRIMACIA.

Si Jesucristo no hubiera sido Dios como su Padre, y como él infinitamente sabio, y por consiguiente hubiese ignorado los padecimientos, las afrentas y la cruz que le esperaban en el seno de la ciudad ingrata, solo el nombre de Jerusalem no podria menos de causarle, mas que fastidio, horror, por los insultos que ya le habian hecho sufrir los escribas y fariseos; llamábales empero á ella la voluntad de su Padre; y como era obedientísimo y resignado, no titubeó en encaminarse ella, á pesar de todas las repugnancias que su naturaleza humana pudiera inspirarle. San Marcos nos dice [1]: Que marchó con el mayor secreto con sus doce apóstoles, pasando con cuanto silencio le fué posible una parte de la alta Galilea, tomando tambien caminos excusados hasta llegar á Cafarnaum. Tanto era

[1] Marci. cap. 9, v. 29.

el cuidado que ponía en evitar que los pueblos de quien era conocido y deseado lo detuviesen en cualquiera parte que se dejase ver. Con tantas precauciones consiguió que su marcha se ocultase, no ocupándose en toda ella sino en la idea de su pasión, de la cual hablaba frecuentemente con sus discípulos, mas para enseñarles é instruirles en un punto tan esencialísimo, que para buscar su propio consuelo. No huía de Jerusalem, dice san Agustín [1], porque le hubiese abandonado su omnipotencia, sino para consolar y alentar nuestra miseria cuando nos viesemos precisados á escondernos por las persecuciones injustas de nuestros adversarios, y para enseñarnos que no podría en los miembros reputarse por crimen aquello mismo que hacía la cabeza.

En la Galilea pues donde había sido concebido y criado, allí hablaba libremente con sus discípulos y los instruía en todo lo relativo á su pasión [2], á fin de que, estando ya acostumbrados á oír lo que había de suceder, no se escandalizasen cuando aquella se verificase. Con su muerte predijo también su resurrección, no fuese cosa que en el tiempo de la pasión se desesperasen; y así les dijo: Guardad todas estas predicciones en vuestro corazón, porque su memoria os será sobremanera útilísima. *El Hijo del hombre será entregado*, por el Padre, por su inmensa y eterna caridad; por el Hijo, por su propia obediencia, mediante la que tiene uniforme su voluntad con la del Padre. *Será entregado* por las sugestiones del diablo, por la grande avaricia de Júdas, por la engañadora envidia de los judíos y por la indebida pusilanidad de Pilatos; y lo será *en las manos de los hombres*, por los judíos y los gentiles, y por muchos y varios estados de personas; por los soldados, por los reyes, por los príncipes, por los sacerdotes y por todos los pueblos de la tierra, *y lo matarán*. Grande, horrible, espantosa é inaudita crueldad, matar los hombres á su propio Salvador; y para que esta noticia tan funesta no los matase é ellos de tristeza, los añadió: *Y resucitará al tercer día*. Con todo eso, los apóstoles que escuchaban la predicción no la entendían. Era para ellos un enigma inexplicable é incompre-

[1] Div. August. Trac. 25, in Joann.

[2] Div. Crisostom. Hom. 59 in Math.

sible la muerte violenta y la resurrección de su Maestro. Ellos conocían su poder, y no veían el motivo por qué no había de emplearlo en defenderse de sus enemigos. Por lo que miraba á su resurrección, no se veían menos confusos. Ignoraban si el divino Maestro les hablaba en el sentido propio de una resurrección corporal y sensible, ó si era una metáfora con la que quería darles á entender que después de su muerte restablecería desde lo alto del cielo á su esplendor antiguo el reino de Israel. No convenían en cosa alguna entre sí mismos, y no se atrevían á pedir á su Maestro una mas amplia explicación por el recelo de ver confirmados sus temores, desengañadas sus esperanzas ó reprendida la bajeza de sus pretensiones. Amaban tiernamente á Jesús y no podían oír con paciencia ninguna cosa para él humillante y afrentosa. Entristecióronse por tanto sobremanera, y ni la resurrección pronunciada, ni la voz del Padre oída, ni ninguna idea halagüeña, era bastante para arrancar de su corazón la tristeza que los había sobrecogido.

Mas entre todas las ideas de melancolía que les oprimían, había una muy culminante, y era la de que se les hablaba de esto como de un suceso próximo, y esto era para ellos un insoportable martirio; y aunque por otra se lisongeaban con que de cualquier manera que se entendiese la resurrección sería el término de la servidumbre de su patria, no querían sin embargo que su Maestro fuese testigo de todas las reflexiones que se hacían sobre uno y otro extremo. Y como al parecer lo miraban absorto en una profunda meditación sobre los designios de su Padre celestial, de los cuales acababa de hablar, lo dejaron que caminase solo y ellos continuaron en conversar juntos hasta las puertas de Cafarnaum. Por el temor que tenían de ser oídos, se conoce que su conversación debía ser poco conforme á las lecciones que habían recibido por tan largo tiempo en la escuela del Salvador; pero en vano procuraban ocultar hasta sus mas ligeros pensamientos, pues su divino Maestro todo lo conocía y peneraba, y mas de una vez habían tenido ocasión de cerciorarse por ellos mismos, de que Jesús prevenía hasta las inclinaciones mas ocultas de las criaturas.

Sobre esta indecisión, confabulación y dudas de los apóstoles,

habló largamente san Gerónimo y dijo [1]: Siempre entre las cosas prósperas se mezcla la tristeza, para que cuando venga, aunque sea de repente, no aterre á los apóstoles, sino que marchen sus ánimos con calma, como que les sobrevienen sucesos que ya tenían provistos. Si les contrista aquello de que ha de ser crucificado, también debe alegrarles oír que al tercer día ha de resucitar. Porque si siempre sucediesen cosas tristes, ¿quién las sufriera? y si prósperas, ¿quién las despreciara? Mas ellos ignoraban el misterio de la pasión, porque el Señor quería tenerlo cubierto á la vista como con un velo, á fin de que no fuese para ellos como un continuo tormento. A lo que el venerable Beda añade [2]: Ocultaba Jesús á sus discípulos el misterio de la cruz por el grande amor que les tenía; porque eran todavía rudos y carnales, no podían comprender sus excelencias y grandezas espirituales; y como le conocían por verdadero Dios, no podían creer que había de morir, y aun mucho menos persuadirse cómo en una persona podía suceder, morir y no morir, morir como hombre y no morir como Dios.

Como el Salvador disponía las cosas con prevision, prudencia y sabiduría infinita, se había adelantado hasta la casa de Pedro, donde acostumbraba hospedarse; los discípulos, embebidos en su conversacion, le seguían á lo lejos disputando entre sí vivamente, y Pedro marchaba á su cabeza; como era el mas conocido de todos, fué detenido por el recaudador encargado de recoger las dos dracmas que se pagaban en aquel tiempo de tributo á Herodes tetrarca en toda la extension de Galilea, el que se había impuesto á todas las familias; exigiendo también á Jesucristo como cabeza de una compañía compuesta de doce personas, que representaba una familia bastante numerosa y que tenía lugar de tal en la república. Los recaudadores no se atrevieron á acercarse á Jesús, al que respetaban en razon de sus grandes milagros, y le dejaron pasar sin preguntarle una palabra; pero se dirigieron á san Pedro y le dijeron: «No paga vuestro Maestro las dos dracmas de la imposicion por sí y por sus discípulos? Es lo mas regular que san Pedro aplazase

[1] Div. Hieronim. in cap. 19 Math.

[2] Ven. Bed. in cap. 9 Marci.

la respuesta hasta consultar con aquél, puesto que la solución del tributo era un reconocimiento explícito del dominio imperial del César en todo el reino de los judíos; y como el Salvador se había criado en Nazareth, que era una de las ciudades de Galilea sujeta á la de Cafarnaum, por esto allí se exigía el tributo. Cafarnaum se interpreta la *villa del consuelo* y *el campo de la gordura*; por lo que allí se pide el tributo al Señor que llena á todos de consuelos y dones. El Salvador quiso pagar como los otros; y no estando formada su Iglesia ni su Majestad reconocido de los pueblos, y menos del príncipe, no se quiso dispensar de las cargas públicas. Como azorado entraba en su casa san Pedro para preguntar á Jesús lo que debía hacer, y su Majestad le salió al encuentro y le previno la pregunta, sin darle lugar á que se la hiciese.

Qué te Parece, Pedro, le dijo Jesús, ¿los reyes de la tierra de quién exigen y reciben los tributos? ¿De los hijos ó de los extranjeros? No tardó Pedro en responder, y dijo: Unicamente de los extranjeros súbditos suyos: los hijos de los príncipes no son comprendidos en este número. Dices bien, replicó Jesús; luego los hijos son personas libres. Lo que fué decirle: Tú sabes que yo soy hijo de David por mi nacimiento y heredero legítimo de su trono; con que bien puedes decir que no debo tributo alguno á Herodes. Pero nos es preciso evitar toda duda y ocasion de escándalo. No demos á esta gente pretexto alguno para que nos diga que despreciamos la autoridad de las potestades establecidas, ni tampoco te apures por el pago; yo te diré de dónde ha de salir sin que lleguemos á tocar nada de aquello que nos dan para nuestro sustento. Anda corriendo á la ribera del mar, arroja el anzuelo; al primer pez que cogieses ábrele la boca, en ella le hallaréis un *stater* ó moneda de cuatro dracmas, tómala, págala á los recaudadores y diles que *pagas por mí, y por ti*. Quería el Señor se entendiese que después de su Majestad era Pedro la cabeza de la familia apostólica, y que algun día, ilustrado por el Espíritu Santo, sería la de toda la escuela cristiana, compuesta no solamente de discípulos que abrazarian el Evangelio, sino también de maestros y doctores que por su estado y carácter tendrían á su cargo el enseñar é instruir. Disposicion admira-

ble de la providencia y de la justicia de Dios, que por medio de este milagro quiso manifestar el respeto y veneracion que le merecian los que en su nombre mandaban en la tierra.

Clara y abiertamente manifestó Jesús su divinidad con la prediccion de este prodigio que tan prontamente se verificó. San Gerónimo lo contempla y dice [1]: Yo no sé cuál es lo primero y mas digno de admiracion; si el del stater en la boca del pez, ó si el de la magnificencia y grandeza de la virtud de Dios, por cuya orden se crió inmediatamente a quella moneda en la boca del aguatil. Misterioso es el sentido de todas estas cosas. El pez representa á Cristo, el mar al mundo, el anzuelo la muerte, el stater hallado en la boca del pez, el precio de nuestra redencion anunciada por el mismo Jesucristo; y así se pagó el tributo y nosotros fuimos libres. Pagó el tributo el Señor, no porque debiese pagarlo, porque tanto segun su naturaleza divina como segun la humana era hijo de rey, y así estaba libre del pago de los tributos; pero esto lo hizo en razon de su humanidad, sujetándose al menor, y pagando lo que no debía, para darnos ejemplo de humildad y enseñarnos que nunca débense dar escándalos por nosotros. Las dos dracmas que tenia el stater, simbolizaban las penalidades del cuerpo y las del alma; las primeras son el hambre, la sed, el frio y otras semejantes, y las segundas son el temor, la tristeza y otras que afligen y atormentan, cuya doble dracma tiene obligacion de sufrir cualquiera para pagar el tributo al Emperador Supremo por el pecado personal y el de nuestros primeros padres, puesto que no teniendo Jesucristo pecado alguno, la sufrió por los pecados de todos, porque tomó la carne semejante á la pecadora, aunque no tomó el pecado, dió su cuerpo y alma en precio de nuestra redencion, y así pagó las dos dracmas de tributo á su Eterno Padre por los pecados de los hombres. Por último, no era esta la primera pesca que Pedro habia hecho obedeciendo á su Maestro; con lo que tambien se nos demuestra el mérito de la obediencia y el modo con que Dios la premia aun en esta vida. Gustoso con este nuevo prodigio, corrió el discípulo á

[1] Div. Hieronim. in cap. 19 Math.

casa de los cobradores, y pagó por su Maestro y por sí, segun la orden que aquel le habia dado, volviendo después á buscarle á la propia casa, donde le esperaba con el resto de los apóstoles.

Así como los enemigos de la Iglesia naciente se empeñaron en ridiculizarla é infamarla, los nuevos sofistas, engañadores é incrédulos como aquellos, han procurado en estos tiempos denigrarla y envilecerla, concluyendo de este pasaje que el divino Maestro dispensó á los cristianos del pago de los tributos á los príncipes soberanos y á las autoridades civiles; y de allí dicen nace el empeño de los ministros de la Iglesia en negarse á cumplir estos sagrados deberes de todo buen ciudadano, y su obstinacion en defender sus inmundidades reales y personales. Afortunadamente empero ha visto el mundo todo ser esta una grosera calumnia, y aun comentario, el mas violento y maligno que se puede hacer de la doctrina del Salvador, y un juicio temerario y necio de las ideas y opiniones de los cristianos y de los ministros del santuario.

Sean de la clase y categoria que se quiera los pastores y ministros de la Iglesia, siempre se consideraron miembros de la sociedad y nunca olvidaron el deber y la obligacion de respetar las leyes patrias y de contribuir en cuanto fuese posible á la conservacion del orden y á la prosperidad del Estado. No, nos negamos, decia san Ambrosio, á pagar tributo al César; las heredades y campos de la Iglesia satisfacen puntualmente los gravámenes y cargas á que están afectas. Dad al César lo que es del César; esto es, como expone san Gerónimo, moneda, tributo, dinero; y á Dios lo que es de Dios, diezmos, primicias, obligaciones, víctimas; debemos seguir el ejemplo de Cristo, que pagó por sí y por Pedro tributo, las dos monedas del censo; y aunque no puede negarse que algunos cristianos, ó por ignorancia, ó por un fanatismo irremediable (porque sucede lo mismo en todas las naciones) hayan manifestado repugnancia en pagar los tributos, creyéndose libres de toda carga real y personal, no es por eso menos cierto que dejando aparte derechos, tal vez los mas justos, santos é indisputables, han correspondido en todo tiempo y ocasion á los llamamientos que los reyes y las naciones les hicieron, siendo los sacerdotes los primeros que á

todos dieron este grande y admirable ejemplo de generosidad y desprendimiento. El clero católico, y sobre todos el español, nunca trató de eximirse de estos deberes tan sagrados: los ministros del santuario siempre estuvieron persuadidos que en las necesidades públicas y en los apuros del gobierno debían ser los primeros en dar ejemplo de celo y adhesión hácia el soberano y la república; y concurrir con todo su poder á aumentar el tesoro público. Estos sentimientos del clero están auténticamente probados por su conducta, y bien se puede asegurar que no existe en el Estado algun cuerpo de quien los príncipes se hayan aprovechado tanto, ni en quien hayan hallado mas recursos que en el Estado eclesiástico. ¿Quién podrá reducir á guarismo lo que el clero español, además de las cargas comunes á cada propietario y súbdito, ha contribuido en beneficio del Estado?

Desde luego puede ser que Jesús y sus discípulos hubieran partido de allí y continuado su marcha hácia la Judea, que era entonces el principal objeto del Mesías, para el cumplimiento de su ministerio; pero no quiso ponerse en camino sin darles antes aquellas importantes lecciones para su conducta, cuya materia y ocasion acababan ellos mismos de suministrarle. No habia olvidado Jesús la ardorosa conversacion que habian tenido entre sí durante la vuelta de Cesarea á Cafarnaum; sin embargo, queria saberlo de su propia boca, y así, como por via de plática ó instruccion les preguntó: ¿De qué se habian ocupado en aquella larga jornada, y después que él les habia dado noticia de su pasion y muerte, y de su resurreccion, puesto que así convenia para la gloria de su Padre y por la salud del mundo? Miráronse los unos á los otros, quedaron mudos y no se atrevieron á responderle; concibiendo desde luego recelos de que su conversacion le hubiese disgustado; pues aunque no la habia presenciado, tenia sobrados motivos para presumir que nada se le escondia.

No debe admirarnos el silencio de los apóstoles en esta ocasion, pues la conversacion y disputa que habian tenido versaba sobre un asunto de vanidad y ambicion, y era como bochornoso á unos hombres como ellos tenerlo que confesar. Habian nacido sin pretension

alguna en este mundo; mas de dos años hacia que se educaban en la escuela de la humildad, y por lo mismo no habian de poder hacer sin sonrojarse ni confundirse la confesion que se les pedia. Mas á pesar de todo, ellos la hicieron y aun se atrevieron á interpelar al Maestro para que fuese el árbitro de su disputa, ignorando la nueva vergüenza que habia de causarles la solucion que Jesús daría á su pleito. Acercáronse pues á él y le dijeron: *¿A quién tienes tú por mayor en el reino de los cielos?* Pedro tenia en su favor mas de una declaracion de su Maestro sobre la superioridad presente y la futura; en muchas cosas le habia dado el primer lugar; se habia dejado tratar de él con mucha familiaridad y él le habia correspondido, ya diciéndole que le entregaría las llaves del reino de los cielos, ya llamándole bienaventurado, y últimamente tambien haciendo que del dinero hallado en la boca del pez, pagase por ambos el tributo. Andrés podia aspirar á partir con Pedro la autoridad, puesto que eran hermanos. Juan, hijo del Zebedeo, era conocido por sus colegas por el Benjamin de Jesús. Y otros que tenian la dicha de ser parientes suyos, segun la carne; en fin, cada uno creia tener un apoyo para fundar sus pretensiones, y así fué que todos se dejaron llevar de las pasiones humanas y se determinaron á dirigirse á su Maestro.

Si nuestro corazon fuese sano y nuestro entendimiento no estuviese preocupado con las ilusiones y fantasías de este mundo engañador, ¿qué ejemplo tan eficaz para desengañarnos y convencernos de nuestra pequeñez y miseria no nos ofreceria la conducta de los apóstoles? Por necios y groseros que sean los hombres, nunca les han faltado pretextos para adquirir honores y preferencias, á lo menos para pretenderlas, aun en las cosas mas santas. Fieles y justos eran los apóstoles; por seguir á Cristo habian dejado todo cuanto tenian, y con ello hasta la esperanza de tener mas; y en medio de este desprecio temporal halló cabida en ellos el afán de otro lugar mas alto en el reino de Cristo; pero mejor instruidos algun tiempo después sobre la naturaleza y dignidades del reino de Cristo, mudaron enteramente de afectos, de pensamientos y de lenguaje. Y seria juzgar de ellos poco favorablemente atender solo á sus antiguas flaque-

zas sin hacer cuenta de la rectitud de su alma en la confesion que hicieron de ellas para honrar la paciencia del Maestro en sufrirlas, y el poder de la divina gracia en curarlos de ellas.

Para curar pues el Salvador este afecto en sus apóstoles y arrancarlo de raíz, buscó un medio igualmente suave que eficaz; en primer lugar les dijo: Que el que quisiera ser el primero entre los suyos, se había de colocar y contentar con el último lugar [1], y con servir á los otros, y que ninguno era mayor que aquel que se tenia por el menor de todos. Después de lo que llamó á un niño que se hallaba allí presente; cogiéndole por la mano le abrazó, y poniéndole en medio de ellos, les dijo: Nada puedo deciros mejor para satisfacer á vuestra pregunta y desengañaros, que aseguraros, que si no mudais de vida y si no teneis como por hábito de virtud un bajo sentimiento de vosotros mismos, la inocencia, el candor y la simplicidad que la naturaleza y lo tierno de la edad concede á los niños, no tendreis lugar ni parte en el reino que yo he fundado y establecido en la tierra, que es el fundamento de el de los cielos. Mirad bien: los niños son el dechado de la humildad, del candor y de la sencillez que debe resplandecer en todos los que quieren ser elevados á la altísima honra de apóstoles y ministros míos. Porque los niños no saben tener envidia, dice san Crisóstomo [2], ni poner los ojos en la honra ajena, ni desear los primeros puestos y dignidades; mas poseen esta virtud altísima la humildad y la sencillez verdadera. Afrentados ó castigados no aborrecen, alabados y honrados no se envanecen. Aquella tierna edad está exenta de toda arrogancia, del furor de la vanagloria, de la loca envidia, de toda contienda, y de otros semejantes afectos: por el contrario, estando fortalecida con la humildad y con la sencillez, ni por la una ni por la otra se engríe; posee estos bienes y ninguno de ellos se atribuye á sí misma. Sabed pues que el principal medio para ser ensalzados por mí es el de abatirse y humillarse, y que *nadie será tenido ni tomado por grande si no se hiciere pequeño como este niño*. Yo amo á los de esta edad; pero mas se llevan los cariños los humildes que por una sabia simplicidad se reducen voluntariamente al estado de una santa infancia.

[1] Marci. cap. 9, vs. 34 et seqs.

[2] Div. Crisostom. Hom. 59 in Math.

De advertir es y muy digno de tenerse en memoria lo que nos manda Jesucristo en este Evangelio, no crear algunos necios que nos manda un imposible. No nos manda volver á la edad de los niños, sino á la inocencia, para que lo que ellos poseen por los años lo alcancemos nosotros con la virtud. Por eso no nos dijo el Señor *si no os hiciéseis niños, sino como niños*, esto es, mansos, benignos, humildes, despreciadores de las cosas que el mundo estima como las desprecian los niños. Ni en todo quiso tampoco el Salvador que seamos como los niños, porque á los que en todo se vuelven niños los reprende el Sabio [1] diciéndoles: *¿Que hasta cuándo tienen ánimo de amar la niñez? No es bueno ser niños en el seso y cordura, y es bueno serlo en la malicia, como dice el apóstol [2]. El que por no tenerla fuere como niño, de sus cuevas sacará los demonios, que en sentir de san Gerónimo son los áspides que el niño de pecho había de arrancar de su madriguera. Y á ella atañió seguramente el príncipe de todos ellos cuando á toda clase de personas dice [3]: Que nos desmudemos de la malicia y del engaño, y que no demos entrada al fingimiento y á la envidia, ni á la murmuracion, sino que como niños recién nacidos nos alimentemos de la leche de la santa doctrina. De manera que así como la prudencia y la vida immaculada trueca en viejo al mozo y hace que como tal le alabe la Escritura [4], así el candor y la humildad hace que los viejos se vuelvan niños, y como tales los recomienda aquí el mismo Salvador.*

En verdad que esta doctrina santa de Jesús tenia mas relacion con la edificacion de sus almas que lo que ellos podian figurarse, y era mucho mas terminante de lo que ellos tal vez entonces no supieron comprender bien; por esto era decirles: Si no corregis vuestros afectos, si no mudais de conducta hasta haceros semejantes á los niños en el desprendimiento de todos los afectos terrenos, de verdad os digo, que lejos de ser los primeros en el reino celestial, no lograreis en él ni aun el último asiento. *Todo aquel que se humillase como este niño, ese es el mayor en el reino de los cielos*. Esto

[1] Preverb. cap. 1, v. 22.

[2] Ep. ad 1.º Corinth. cap. 14, v. 29.

[3] Ep. 1.º Petri. cap. 2, vs. 1 et seqs.

[4] Sap. c. 8, vs. 8 et 9.

es, todo aquel que no ocupase el entendimiento en comparaciones, que no alimentase el corazón con preferencias, que juzgase favorablemente de sus iguales, y que mirase sin pesadumbre que llegaran á serle superiores; este es el que será verdaderamente grande entre mis discípulos. Cuanto más perfeccioné en sí mismo este carácter, cuanto más se esfuere á entrar en la pequeñez de la infancia, tanto será más grande y sublimado en un reino donde la elevación y la grandeza no se medirán por la sublimidad de las clases, sino por la humildad de los corazones. La exaltación, que es el premio de la humildad, crece con ella y va á su compás en todo; de suerte que se hace digno del sumo grado de honra el que por la humildad supo ponerse en el más bajo escalón. La pasión de dominar es muy dificultosa de curarse. La emulación que había introducido en los apóstoles, aun no se apagó con lecciones tan eficaces; aun la veremos brotar más de una vez, y con frecuencia será menester aplicar el remedio; y este no llegó á curar perfectamente, hasta que el fuego celestial que bajó sobre los apóstoles consumió en sus corazones las reliquias del hombre viejo é hizo de ellos nuevos hombres. Así san Pablo recomienda muy eficaz y particularmente el ejercicio y práctica de esta preciosísima virtud de la humildad, diciendo: Que guardemos la honra para nuestros hermanos [1], y para nosotros escojamos la inferioridad y la sujeción. No sé cómo queda humo ni rastro de soberbia en los que piensan hallar en el cielo quien les diga: *Sube mas arriba*. Mucho recomendó la humildad el que dijo que *sin ella nadie se salva, y que ella da la mayoría en el reino de Dios*.

ORACION.

Señor mío Jesucristo, mar abundantísimo de gracias y piélagos insondables de misericordias: mírame con ojos de compasión y permíteme que me acerque al mar amarguísimo de tu pasión, recordando todos mis pecados con la mayor amargura de mi alma: no me ahogues, Señor, con la memoria de mis ingratiudes, antes bien déjame echar el anzuelo de la contrición de mi corazón, para que

[1] Ep. ad Rom. cap. 12, v. 10.

abierta mi boca por la confesión te pague el tributo de la satisfacción con una verdadera y sincera penitencia, y así me vea libre de pagarlo al diablo, que es el cruel exactor de mi alma. Concédeme también que apartado enteramente de la soberbia me haga como pequenuelo y humilde á tus ojos, y así merezca entrar por el camino estrecho y la puerta angosta al reino de la bienaventuranza eterna, y que recibiendo á los pequenuelos y humildes en honor y nombre tuyo, y usando con ellos de los obsequios de la caridad, sea por tí benignamente recibido en el cielo. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo se halla en el XVII de san Mateo, desde el versículo 21 hasta el 26; y en el XVIII del mismo, desde el versículo 1.º hasta el 5. Lo contestan san Marcos en el IX, versículo 29 al 36, y san Lucas también en el IX, versículo 46 al 48, todos inclusive.

La Iglesia usa parte del texto del XVIII de san Mateo, como propio de la misa del día de san José de Calasanz, á 27 de agosto; dice así:

EVANGELIO DE LA MISA DEL DIA DE SAN JOSE DE CALASANZ.

San Mateo, cap. XVIII, vs. 1 al 5.

En aquel tiempo acercáronse los discípulos á Jesús y le dijeron: ¿Quién pensáis será el mayor en el reino de los cielos? Y llamando á sí Jesús á un niño, le colocó en medio de ellos y dijo: En verdad os digo, que si no os volveis y hacéis semejantes á los niños, no entrareis en el reino de los cielos. Cualquiera pues que se humillase como este niño, (s) será el mayor en el reino de los cielos. Y el que acogiere á un niño tal como este en mi nombre, este me acoge á mí.

